

AREA

AGENDA DE REFLEXIÓN EN ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO
agenda of reflection on architecture, design and urbanism

número 6
agosto 1998 [1999]

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo
Secretaría de Investigaciones en Ciencia y Técnica

CONTENIDOS/CONTENTS

1. Editorial

Carlos Alberto Abaleron

3. Calidad de vida como categoría epistemológica

Jorge Lombardi, Carlos Cremaschi y Luciana Marsili

17. Las migraciones internas y los asentamientos
poblacionales. Caso de estudio: Cuba

Iván Burgos

25. Hacia la normalización de los datos de los diferentes
organismos de los servicios de infraestructura de la
ciudad

Juan Carlos Pérgolis

33. Lenguaje urbano y lenguaje arquitectónico en las
ciudades latinoamericanas

Carlos Alberto Viarengi

39. Leyes armónicas y arquitectura

Alejandro H. Aldasoro

49. El perfil del arquitecto en el proceso de inserción
profesional

57. información para los autores

Los contenidos de AREA aparecen en:
The contents of AREA are covered in:
Architectural Publications Index
LatBook, Internet <http://www.latbook.com>

AREA

AGENDA DE REFLEXIÓN EN ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO
agenda of reflection on architecture, design and urbanism

número 6, agosto 1998 [1999]

LENGUAJE URBANO Y LENGUAJE ARQUITECTÓNICO EN LAS CIUDADES LATINOAMERICANAS

Juan Carlos Pérgolis

lenguaje
language

semiótica
semiotics

*ciudad continua, discontinua
y fragmentada*
continuous, discontinuous, and
fragmented city

dicotomías
dualisms

significante - significado
signifier-signified

práctica significativa
significant practice

simulación
simulation

Urban language and architectonic language in Latin-American cities

There are three models on which Latin-American cities were constructed, that allow us to see the relation between urban morphology and architectural typology: the continuous, discontinuous, and fragmented city. In the last one, the city of today, the coherence between morphology and typology is broken. New urban interventions, like condominiums, shopping malls, etc., approximate the concept of urban intervention in scale, but their design process and image corresponds to architecture.

The urban exterior disappears, reappearing simulated in the interior. In this kind of city, what matters is the sense, more than the meaning, in that the first one deals with events and the second one with form. This leads to a revision of some of the traditional concepts, and to the approach to the semiotics of desire.

Universidad Nacional de Colombia

Dirección particular: Carrera 20 N° 86 A-77 apto. 401

Santa Fe de Bogotá, Colombia

Tel. (57-1) 611-314. Fax: (57-1) 236-9185

E-mail: jpergov@col1.telecom.com.co

Tres modelos urbanísticos a través de los que se construyó la ciudad latinoamericana permiten ver la relación entre morfología urbana y tipología arquitectónica: la ciudad continua, discontinua y fragmentada. En esta última, la ciudad actual, se rompe la coherencia entre morfología y tipología. Las nuevas intervenciones urbanas, tales como conjuntos de vivienda, centros comerciales, etc., se aproximan por su escala al concepto de intervención urbana, pero su proceso de diseño y su imagen corresponden a la arquitectura. El exterior urbano desaparece y reaparece, simulado, en el interior arquitectónico. En esta ciudad, interesa más el sentido que el significado, ya que el primero es inherente a los acontecimientos y el segundo a las formas. Esto lleva a una revisión de algunos conceptos tradicionales y a la aproximación a una semiótica del deseo.

Ciudad y arquitectura, como aspectos del espacio construido, expresan la dualidad entre lo social y lo individual, esa oposición que está presente en todo lenguaje como sistema de signos voluntariamente organizado (de Saussure 1916 [1967: 62, 191ss]).

La ciudad como espacio de la comunidad es la referencia a la parte social del lenguaje; la arquitectura, que desde esta óptica se nos presenta como el resultado de actos expresivos individuales, mediatiza la ciudad y aproxima la relación a la confrontación lengua-habla, propia del lenguaje (Barthes 1985 [1993: 21]). Por este motivo, la capacidad comunicante de la arquitectura resulta de un código que le es propio, pero que está sometido, a su vez, a otro código de orden superior, dado por la ciudad.

Esta misma dicotomía, vista desde la teoría de la comunicación, muestra a la ciudad como un sistema de signos definido por su uso social continuado y a la arquitectura como mensaje (Eco 1967: 187ss). Desde este punto de vista se intenta mirar la relación entre algunos tipos arquitectónicos que sufrieron transformaciones muy lentas en el tiempo y la forma de la ciudad con la cual se los identifica, a partir de los tres principales modelos urbanos que la construyeron.

- La *ciudad continua*, característica del largo periodo entre la Colonia y los primeros años del Movimiento Moderno en arquitectura.
- La *ciudad discontinua*, propia de la urbanística moderna, en muchos casos aún vigente.
- La *ciudad fragmentada*, actual tendencia en las mayores estructuras urbanas, cuyo continuo avance crea un nuevo lenguaje espacial consecuente y coherente con los cambios en el modo de vida y en las tipologías arquitectónicas.

La continuidad de las estructuras urbanísticas y arquitectónicas fue —desde las fundaciones hasta mediados del siglo xx— el principal rasgo de identidad de las ciudades, basadas en el significado de uso del espacio público que se conforma en la secuencia articulada de calles y plazas como soporte de una cuadrícula geométrica. Sobre esta retícula, la arquitectura modeló la imagen a través de las construcciones pegadas unas a otras, sin discontinuidades ni interrupciones en las grandes estructuras continuas que conforman las cuadras.

En la homogeneidad de esa cuadrícula y en la coherencia de la arquitectura que la acompañó hasta inicios de la urbanística moderna, se dio una correcta relación entre morfología urbana y tipología arquitectónica, basada esta última en las casas de patio, con sus fachadas continuas sobre las cuadras y abiertas al interior de la manzana por medio de los patios y los solares, cuya reunión definía el “corazón de la manzana”.

La urbanística moderna cortó y reorganizó este tejido continuo en partes pretendidamente coherentes entre sí y con la totalidad, estableciendo áreas especializadas para vivienda, industria, comercio, administración, etc. Esta zonificación funcional, que se aplicó como medida ordenadora del crecimiento de las ciudades, no permitió que las estructuras tradicionales se fragmentaran naturalmente al alcanzar determinadas dimensiones, permitiendo ver que la ciudad se asemeja más a una red tensional entre fragmentos arbitrarios que a un sistema de partes especializadas que tratan de explicar una totalidad.

Este modelo urbanístico se expresó, a nivel de la morfología de la ciudad, en las llamadas supermanzanas, de dimensiones mucho mayores que las manzanas tradicionales. En el interior de éstas se ubicaron, según precisas composiciones geométricas, las nuevas identidades tipológicas de la arquitectura: los bloques sueltos o edificios exentos, solos o en grupos, que integraron sectores especializados de vivienda u otra actividad.

El origen de este proceso está relacionado con los postulados de la psicología fenomenológica de la percepción propuestos por la Escuela de Graz, con los estudios sobre los procesos de significación como resultado de la descomposición del todo en partes, y la organización autónoma de las percepciones, cada una de las cuales constituiría una estructura formal isomórfica (Arnheim 1957 [1993: 17ss]).

La urbanística moderna se basó en las dicotomías ciudad-campo y centro-periferia para reorganizar, a través de imágenes muy diferenciadas en los sectores especializados, las tradicionales relaciones de vecindad de la ciudad continua.

Se conformaron aglomerados extensos y centralizados, dependientes de la movilidad y de las vías de circulación: la imagen funcional de la ciudad moderna, que está siendo modificada por los nuevos tipos de vecindades consecuentes con la pertenencia de los ciudadanos a diferentes redes de comunicación e informática. Este nuevo modelo, basado en redes, fomenta la baja densidad poblacional en áreas muy extensas y la ruptura del asentamiento, tanto en sus sectores continuos y consolidados como en las periferias discontinuas (Dematteis 1989: 39).

De esta manera, se conforman fragmentos funcionalmente arbitrarios, de límites imprecisos, con sus habitantes incorporados a distintas redes y con una imagen que no configura una identidad urbana específica. Por ese motivo, también el sentido de ciudadanía o pertenencia a la ciudad, muestra signos de disolución (Romano 1989: 114ss).

Para entender las transformaciones que hoy acontecen en el lenguaje y que anticipan el futuro de las ciudades, no es válido el modelo comunicacional lineal que propone la relación entre una *arquitectura-emisor* y un *ciudadano-receptor*. En el nuevo modelo, emisor y receptor se confunden en el concepto de *nodo*, esos puntos, propios de las redes homogéneas que reciben y emiten simultáneamente desde y hacia todas las direcciones. Por ese motivo, el nodo no constituye un elemento de significación de la ciudad, ya que en él no importa su condición denotativa, es decir, aquella que a través del reconocimiento por la forma lleva a la conformación de un significado.

En la nueva ciudad, la identidad está dada por el *sentido*. Se vuelve entonces imprescindible revisar aquellas observaciones que se hicieron desde el terreno de la semiótica, a través de la relación entre los significantes que la ciudad propone y los significados que el observador proyecta sobre ellos; esa instancia que sugería la relación lineal entre la ciudad-objeto y el ciudadano-sujeto, exaltando la forma urbana como base del análisis.

Porque el reto que propone la ciudad fragmentada es el de mirar desde la óptica del senti-

do, el cual sugiere la reconstrucción de la totalidad habitante-ciudad, ya que esta última adquiere sentido cuando satisface (o insinúa la posible satisfacción) del deseo de sus habitantes. Allí se produce el acontecimiento (la fusión habitante-ciudad) o se mantiene viva su expectativa. Con el acontecimiento nace el sentido, la ciudad pierde discursividad y entra en nuestras narraciones a la vez que nosotros en las de ella. Como en el concepto de nodo, entre ambas partes configuramos el relato del acontecimiento.

La multiplicidad de imágenes que ofrece la ciudad fragmentada rebasa nuestra capacidad para asimilarla y nos exige seleccionar. De la multitud de imágenes, escogemos algunas, como haciendo *zapping* con el control remoto del televisor, pasamos de una a otra, armando nuestra propia ciudad, la ciudad de cada uno, proceso que acentúa el individualismo de la sociedad actual. Pero en todos los casos, escogemos las imágenes por su capacidad simbolizante, que las convierte en fragmentos arbitrarios que se relacionan tensionalmente.

Cassirer (1925 [1971: 12-59]) señala que el hombre alcanza el equilibrio entre los estímulos del mundo externo y su interioridad, experimentando la existencia de símbolos que le permiten utilizar las sensaciones para acceder a la esfera de lo extrasensorial. El concepto de símbolo se aproxima al de signo en la lingüística y en la estética; así, el símbolo sería el signo por excelencia, es decir, la entidad o imagen que refiere a otra o que suscita la memoria de una determinada experiencia sensorial o intelectual. Por ello, son simbólicos todos los componentes del lenguaje, incluyendo los del lenguaje urbano, el que no puede ni debe ser arbitrario, para permitir que la arbitrariedad aparezca en el proceso de simbolización, que a través del deseo y del acontecimiento nos lleva al relato que explica el sentido de la ciudad, porque acceder al lenguaje es articular el sentido.

El lenguaje, como sistema de signos, es mucho más complejo, entonces, que aquella dicotomía significante-significado que planteara de Saussure en el *Curso de lingüística general* (Barthes 1985 [1993: 36]). En tanto el lenguaje

da sentido, la semiótica se desplaza del discurso a la práctica significativa (Kristeva 1975 [1985: 13]). Esto es, a la *constitución y a la travesía de un sistema de signos*, algo que exige (para su constitución) la identidad de un sujeto hablante con una institución social que él reconoce como soporte de esa identidad. En este contexto, la relación individuo-comunidad parecería ir más allá de la confrontación habla-lengua, aproximándose a la dicotomía yo-sociedad o, más precisamente aún, yo-cultura, en la que “yo” como pronombre, adquiere una identidad lingüística. “Travesía”, en el concepto de Kristeva, es un proceso por medio del cual el sujeto cuestiona las instituciones en las que antes se había reconocido, para permitir la configuración de nuevas identidades, situación que parecería asimilar el concepto de travesía al de transgresión (Lyotard 1973: 21) y al de transversalidad (Serres 1993 [1995: 138]). Cabe preguntarse, entonces, ¿negar la ciudad, como código de orden superior, es el punto de destino de la travesía del signo arquitectónico? Vale la pena verlo a luz de las nuevas tipologías arquitectónicas en la ciudad fragmentada.

Pero regresemos un momento al concepto de práctica significativa (Kristeva 1975 [1985: 13]) como base de la observación semiótica, para ver que su estructura interior se articula a través de dos instancias: los *procesos materiales*, es decir, el modo de producción de signos, y el *deseo*, esto es, los procesos significativos. Por lo tanto, al estar el significativo motivado por el deseo, surge de la práctica. Esto confirma la nueva instancia semiótica que analiza el signo, no ya de las formas significantes sino del deseo que impulsa hacia esas formas: esto es, una semiótica desde la práctica y no desde el discurso, por eso en la ciudad fragmentada importa más el acontecimiento que el escenario en el que se produce.

El centro de la ciudad fue el gran emisor y receptor de los flujos culturales, afectivos y económicos que conformaron la vida de la ciudad. ¿Qué pasa, entonces, cuando ese centro se rompe y estalla en numerosos puntos sobre los que actúan infinidad de redes y la cultura,

los afectos y la economía de la ciudad bullen en cientos de nodos dispersos en un territorio sin límites?

Desde la visión del pensamiento moderno se intentó comprender la ciudad a través de la dicotomía territorial ciudad-campo, que presentó como antagónicos los medios urbano y rural, uno consumidor, el otro productor, uno progresista, el otro tradicional, etc.

Consecuente con la anterior dicotomía, apareció otra: centro-periferia, que trató de explicar la estructura interna de la ciudad y su crecimiento como el juego de dos sistemas de ondas expansivas sobre el territorio antagónico, uno centrífugo, que irradia las pautas urbanas hacia el medio rural, y otro centrípeto, que tensiona el entorno hacia la ciudad, específicamente hacia el centro de la ciudad, expresado por la imagen histórica de la Plaza Mayor, el centro de todos los poderes.

El deslinde entre ambos medios fue la periferia, lugar donde los llegados del campo se arriaman a la ciudad y los desplazados de ella se mantienen cerca pero no en ella: arrabal, deslinde, borde, periferia. Porque en el modelo dicotómico, la ciudad se asumía simplemente como su centro, es decir, la plaza, lugar de la fundación y sede de los poderes, allí donde vivir en el marco de la plaza connotaba el prestigio de vivir cerca del poder, participar de él.

La expansión de la ciudad convirtió al centro en el eje de un sistema radial sobre las vías que conectan con el entorno rural, y cada crecimiento, como un nuevo anillo alrededor del centro, llevó la periferia, el deslinde, los arrabales, más allá. Pero el borde existe en tanto existe la forma. En la ciudad actual, sin forma y extendida arbitrariamente, la noción de borde desaparece tanto como desaparece la de centro y la circulación de flujos, antes centrípeta-centrífuga ahora es homogénea y monótona en la extensión sin límites.

Pero donde los flujos se frenan, allí donde la desaceleración cristaliza la masa, aparecen nuevamente la forma y los valores tradicionales; donde la tensión deviene masa, aparece la arquitectura. Un exterior móvil conmutativo, *cool* y moderno, confrontado a un interior crispado sobre los viejos valores, es la contradicción que

señala Baudrillard en la estructura que denomina *Beaubourg* (Baudrillard 1978 [1993: 85]), imagen de una ciudad expresada solamente por "un esqueleto de flujos y signos, de redes y circuitos, una estructura implosiva de relaciones sociales expuestas a una valoración superficial".

Así, en esta ciudad, donde arquitectura y urbanismo coinciden, se superponen y desaparecen como instancias diferenciadas ante el concepto de fragmento urbano, aparece una nueva dicotomía: exterior-interior.

Porque en la ciudad fragmentada se pierde la tradicional relación entre morfología urbana y tipología arquitectónica, ya que los nuevos fragmentos (conjuntos cerrados de vivienda, centros comerciales, zonas francas, *resorts*, etc.) son intervenciones propias del urbanismo, por sus dimensiones y grado de afectación a la estructura de la ciudad, pero son también soluciones arquitectónicas, por las características de su proceso de diseño, por el lenguaje propuesto y por el nivel de detalle alcanzado.

Sin embargo, los interiores de los conjuntos cerrados de viviendas o de los centros comerciales recurren a las imágenes de la calle (el paseo peatonal de la ciudad tradicional), articulada con la plaza o las plazuelas, como si allá en el fondo de la memoria del hombre urbano que habita estos fragmentos quedara el recuerdo de vivir en el marco de la plaza.

Por ello, el contenido cultural de la ciudad fragmentada es anacrónico, porque se basa en el simulacro escenográfico de la ciudad tradicional, reproducido en los incontables fragmentos. Cientos, miles de imágenes urbanas tradicionales, infinitas callecitas y plazuelas privadas que no son calles ni plazas de la ciudad, son simulacros de algo que cada día existe menos: la ciudad, cuyo recuerdo se quiere mantener porque aún es atractivo comercial para las ventas. Pero se trata de una ciudad aséptica, ideal, ficticia, lograda por formas y no por contenidos en el interior de los conjuntos de vivienda o de los centros comerciales.

La ciudad que está desapareciendo reaparece simulada en los interiores, y el urbanismo y la arquitectura se fusionan para que el primero viva

en la segunda, parece ser la curiosa paradoja de esta ciudad de fines del siglo xx.

Pero el interior-simulacro es vacío, es el mapa de ningún territorio, tan desolado y sin contexto como el hiperespacio en la pantalla del computador, señala Baudrillard (1978 [1993: 11]), aunque también el exterior no-urbano, simple expresión de fragmentos colocados arbitrariamente sobre la estructura que proporcionan las redes, es vacío y ajeno a cualquier contexto.

Ciudad sin centro y sin periferias, territorio disperso y de muy baja densidad poblacional, la ciudad aparece como un simulacro en el interior de los fragmentos, y el exterior-urbano es solamente una red de flujos: ya no hay dicotomías entre los espacios urbanos que pasan de una virtualidad exterior a otra interior, en realidad, ambos espacios son simulaciones. Y el vacío interior de los fragmentos, al cual el simulacro no puede dar sentido, se llena con la información de los medios.

Porque en ese interior vacío mora el televidente, el interactuante en red, el habitante pasivo de los fragmentos, el destino final de los flujos, ese ciudadano fascinado con la información, con la informática, con el drama ajeno de las telenovelas, con el sexo seguro y las audaces amistades de la red. Todo llega y todo se superpone en el fragmento-destino de los flujos, que es el fragmento-nodo de todas las redes.

El mundo verdadero, al final se convierte en una fábula, fue la profecía de Nietzsche (1889 [1972: 28]) que parece concretarse en los comportamientos arbitrariamente fragmentarios de la sociedad de los *media* que habita la ciudad también fragmentada y que en palabras de Vattimo se basa en la oscilación, en la pluralidad y en la erosión del propio "principio de realidad" (Vattimo 1989 [1994: 133ss). Es la sociedad transparente, en la que la masa busca más la fascinación que la producción de significados, porque ante la fascinación que ejercen los medios no hay significantes ni significados válidos, y si los hubiera, no coincidirían en la conformación de signo alguno. La fascinación, como satisfacción del deseo, conduce al sentido, y es por ello una práctica significativa.

Referencias

- ARNHEIM, Rudolph. 1957. *Art and visual perception* (Berkeley: University of California Press). Trad. española, *Arte y percepción visual* (Bogotá: Alianza, 1993).
- BARTHES, Roland. 1985. *L'aventure sémiologique* (París: Éditions du Seuil). Trad. española por Ramón Alcalde, *La aventura semiológica* (Barcelona: Paidós, 1993).
- BAUDRILLARD, Jean. 1978. *La precession des simulacres* (París: Galilée). Trad. española, *Cultura y simulacro* (Barcelona: Paidós, 1993).
- CASSIRER, Ernst. 1925. *Philosophy der symbolischen Formen*. Trad. española, *Filosofía de las formas simbólicas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1971).
- DEMATTEIS, Giuseppe. 1989. "La scomposizione metropolitana", en *Le città del mondo e il futuro delle metropoli* (Milán: Electa).
- DE SAUSSURE, Ferdinand. 1916. *Cours de linguistique générale* (París: Payot). Trad. española por Amado Alonso, *Curso de lingüística general* (Buenos Aires: Losada, 1967).
- ECO, Umberto. 1967. *Appunti per una semiologia delle comunicazioni visive* (Milán: Bompiani).
- KRISTEVA, Julia. 1975. "Práctica significativa y modo de producción", trad. española, en *La travesía de los signos* (Madrid: Aurora, 1985).
- LYOTARD, Jean-François. 1973. *Dérive à partir de Marx et Freud* (París: Union Générale d'Éditions).
- NIETZCHE, Friedrich W. 1889. *Die Götzen-dämmerung*. Trad. española, *El crepúsculo de los ídolos* (Medellín: Bedout, 1972).
- ROMANO, M. 1989. "Cittadini senza città", en *Le città del mondo e il futuro delle metropoli* (Milán: Electa).
- SERRES, M. 1993. *Atlas* (Madrid: Cátedra, 1995).
- VATTIMO, Gianni. 1989. *La società trasparente* (Milán: Garzanti). Trad. española por T. Oñate, *La sociedad transparente* (Barcelona: Paidós, 1994).

Recibido: 10 julio 1996; aceptado: 10 noviembre 1997

Juan Carlos Pérgolis es profesor e investigador en los posgrados de Teoría e Historia de la Arquitectura y el Arte y Urbanismo en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, e investigador del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín. Ha publicado artículos sobre arquitectura y ciudad en Colombia y otros países. Libros: Sobre lo clásico en la arquitectura (1986); Express. Arquitectura, literatura y ciudad (1995); Las otras ciudades (1996); Escritos sobre ciudad y arquitectura 1983-1993 (1997); Bogotá fragmentada (en prensa).